

MARÍA MOLINER O EL CULTIVO DE LAS PALABRAS

Mi obra es limpiamente el diccionario», dijo en una ocasión María Moliner. Esa frase era un ejercicio de humildad y una celada para curiosos. Aquella mujer silenciosa y menuda, de cabello canoso recogido en un moño abultado, advertía que en su existencia no podían rastrearse amores tumultuosos, ni una intensa vida social ni siquiera la ambición de inmortalizar su nombre en las piedras decrépitas de la Real Academia. Vivió en silencio, entre estanterías y un jardín de tiestos en la terraza, entregada a la interminable tarea de coleccionar palabras y de acumular fichas antes de que esclareciese la luz del día.

Nació en Paniza (Zaragoza) en 1900, donde su padre era médico. Emigró a Madrid a los dos años y apenas tuvo tiempo para contemplar las plantaciones de garrucha con sus gavillas de labradores, el sol del amanecer entre los sarmientos y el vuelo del águila, rasante y oblicuo, sobre las tres ermitas del lugar. Estudió en la Institución Libre de Enseñanza y se licenció en la Universidad de Zaragoza en Historia. Tuvo una juventud sencilla en aquel Madrid de ultramarinos y pozos artesanos que saludaba con fervor la inteligencia metafórica de Ramón Gómez de la Serna, los discursos de Ortega y un poemario excepcional de Juan Ramón Jiménez: *Diario de un poeta recién casado*. Obtuvo una plaza de bibliotecaria y archivera en Simancas, otra geografía de páramos y trigales, donde hacía más de medio siglo Rosalía de Castro había tenido la sensación de que el corazón le estallaba de rencor, de añoranza y de desolación. Posteriormente se trasladó a Murcia y a Valencia, donde llevó a cabo su gran tarea de difusión de libros en las Misiones Pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza. Para ella, nervio estricto y desarbolada vitalidad a todas horas, fue muy hermoso reencontrarse con aquel universo creativo y liberal que había inventado Francisco Giner de los Ríos. Era la experiencia de la libertad y de la lectura. Dirigía un conjunto de bibliotecas circulares que se llevaban por todas las aldeas y parroquias en camionetas o en carromatos enormes, protegidos por grandes lonas. María



Moliner solía desplazar un millar de volúmenes seleccionados que depositaba en un pueblo y al cabo de un mes o dos volvía con sus camiones desvencijados y lentos para cambiarlos por otros. A veces, se encontraba con el teatro ambulante de García Lorca y Eduardo Ugarte, que paseaban a los clásicos españoles en una barraca de feria. Aquella idea entusiasmó en toda Europa. Se vio obligada a escribir un manual de instrucciones para organizar en cualquier lugar del mundo una biblioteca popular, y al poco tiempo comenzaron a llegar cartas y peticiones de París, de Amsterdam o de Heidelberg para que enviase el libro.

La Guerra Civil la sorprendió en Valencia. No cedió en sus esfuerzos, a pesar de que el país había tenido que moderar su dotación cultural. La República había creado un programa de lectura para todos y el libro era un instrumento elemental de modernidad. Las publicaciones no se interrumpieron de golpe, pero sí la adquisición de libros del extranjero. Entonces, se le ocurrió que España podría establecer un circuito de intercambio y de trueque con otros países. De ese modo, en Europa empezaron a conocerse los autores españoles contemporáneos y el Mediterráneo arrastraba hacia Francia embarcaciones cargadas con la derrota de los exilados y baúles de marino, atiborrados de volúmenes. En algún lugar de cubierta o en la umbría de las bodegas, se balanceaban las novelas de Benjamín Jarnés, Ramón José Sender o Rosa Chacel y las prosas rítmicas y monótonas de Azorín, junto a los versos gongorinos de la Generación del 27 o aquellos poemas de amor, desazón erótica y muerte que había escrito Miguel Hernández en *El rayo que no cesa*.

Un aire de catástrofe se cernía sobre la España republicana, mas María Moliner no se amedrentaba. Se mantuvo firme e inalterable en un esfuerzo postrero y agonioso. Combatía la tristeza con un tesón invencible. Su marido, el catedrático de Física de la mente humana Fernando Ramón y Ferrando, se quedaba estupefacto ante su entusiasmo y su entrega a los demás. Era una criatura minúscula, discreta y servicial. Poseía un raro ingenio aunque se confesaba desmemoriada y digería con una conmovedora serenidad el avance de las fuerzas insurgentes que olían a guerrera polvorienta, a tiniebla, a misal y a sotana raída. En aquellos momentos en que la miseria ya había ganado todas las batallas, ella aún tuvo un detalle de generosidad insólita. Cada día los establecimientos amanecían atestados de gente y vacíos de alimentos; la muchedumbre se amontonaba en larguísimas colas ante sus puertas desde las tres o las cuatro de la madrugada y allí, sonámbula y vencida, esperaba a que se abriesen para comprar una ración de pan negro, una libra de azúcar y un cuartillo de aceite de soja. Desde el balcón de su casa, la bibliotecaria contemplaba aquella escena con tanta pena como incredulidad. A veces las discusiones henchían la oquedad de la madrugada y una algazara atronadora se elevaba por las plazas, trascendía el estruendo de los morteros y los bombardeos de la aviación, y se instalaba en los dormitorios de toda la ciudad. María se hartó de aquello. Le pareció inhumano y absurdo. En una ocasión, mandó levantar a sus hijos y les entregó varias cuartillas, divididas en ocho partes. Les pidió que fuesen escribiendo números y números por orden

correlativo y luego bajó a la calle y repartió las cartulinas entre el gentío. Una vez que cada persona tenía su correspondiente número, podía volver a su casa a dormir y retornar al albor con la certeza de que entraría en la tienda diezmada en un orden preestablecido gracias al ingenio de una mujer desconocida que no sólo se preocupaba de su insomnio, sino que también había puesto remedio a los sabañones, a las pulmonías y a las peleas en plena calle. Los vecinos bautizaron a aquella criatura enigmática, que parecía caída del cielo o al menos de otro continente de la guerra, como «La chica del jersey verde».

Una vez que se consumó la victoria de las huestes del General Franco, María Moliner fue expedientada y objeto de diversas zancadillas. Regresó al Archivo de Hacienda de Valencia y resistió como pudo sin dar muestras de un inconformismo evidente con un sueldo de ochocientas pesetas al mes. Se centró en su familia y desarrolló aficiones silenciosas: era como si estuviese aparcada en la trastienda de aquella España escindida. Su imaginación parecía sumida en un letargo o volcada únicamente en sus tareas de esposa y madre. Planchaba y cosía, remendaba calcetines alrededor de la mesa camilla y se levantaba a una hora intempestiva, cuando la ciudad era tan sólo una colmena dormida, iluminada aquí y allá por farolas y por los fuegos fatuos de los expresos a medianoche y de los barcos que alcanzaban los muelles. En 1946 volvió a Madrid con una plaza de bibliotecaria en la Escuela de Ingenieros Industriales.

Aún no había concebido su obra magna. Quería ver crecer a sus hijos. Asistir, con entrega absoluta, al inicio de sus carreras. El primogénito se dedicó a la investigación, el segundo optó por la arquitectura, su única hija abrazó el magisterio y el benjamín se inclinó hacia la ingeniería. La casa era sencilla, pero estaba poblada de objetos singulares. Un piano enorme y hermoso ganaba el salón y de vez en cuando resonaba en las estancias la música de Mozart o la melancolía de Vivaldi. También había una evocadora radio de la época, varios atriles de madera y una estupenda biblioteca donde se acumulaban los manuales de referencia, los libros adquiridos en los tiempos de la República, los textos de Física y Ciencias de su marido o aquellas joyas de familia, encuadernadas sin ostentación, que habían pertenecido a su padre y que remitían a otro período más feliz y más esperanzado.

De repente, cuando apenas había superado el medio siglo, María Moliner miró a su entorno y descubrió que sus hijos habían crecido en exceso y que alguno estaba a punto de lucir galones de catedrático. Se percató de que tenía más tiempo para sí misma y para una afición antigua: la lingüística. De la noche a la mañana, sus cuatro vástagos y su marido —que conocía mejor que nadie su obstinación, su enfermiza laboriosidad— comenzaron a sospechar que María Moliner hacía algo en secreto. Habían visto que la funda de la máquina había desaparecido y que la mesa del comedor aparecía invadida por diccionarios ingleses y alemanes. Aunque lo más sorprendente no era eso, sino las cuartillas que había partido en cuatro partes hasta hacer una pila más que considerable. Fue el propio Fernando Ramón quien desveló el misterio: «Vuestra madre ha emprendido una tarea infinita. Prepara un diccionario

insólito de uso del español. La idea se la sugirió el *Learner's Dictionary* con el que ha aprendido inglés». Paulatinamente los seguía informando del titánico esfuerzo. Con frecuencia se quedaba perplejo de la consagración a la lengua por parte de su mujer. Al amanecer las fichas coronaban las mesas y los divanes y además se extendían por el suelo con aquella caligrafía menuda y redonda. Y él mismo, como si fuese un sabio despistado que no acertaba a dar crédito a sus ojos, se sorprendía de cuando en cuando contando fichas o midiendo la longitud de los papelitos esparcidos por las mesas, las carpetas, las baldosas y el sofá. Un día les decía: «Ahora se le ha ocurrido agregar catálogos de palabras. Eso supone otro lustro de trabajo». Y unas semanas más tarde: «Acaba de introducir americanismos y también quiere incorporar etimologías. Es una locura».

María Moliner se sabía perseguida de alguna forma. Pero no tenía por qué estar muda o maniatada. No tenía por qué morir en vida. Se levantaba sobre las cinco y escribía sus voces. Repasaba otros diccionarios, las enciclopedias o perseguía un significado ignorado en los diarios, en las revistas, en los manifiestos clandestinos o en las novelas del realismo social que se escribía y se vivía al borde de la calle y de la barra de las tabernas. «Ahí viene el idioma vivo —declaró en una ocasión—, el que se está usando cada día, las palabras que tienen que inventarse al momento por necesidad». Luego preparaba el desayuno y marchaba a la Escuela de Ingenieros, y por la tarde, con la única compañía de una sonata en la radio y el obsesivo tecleo de la portátil, completaba los significados de tal o cual término o buscaba esa frase feliz que tiene el valor de un vocablo. Habían pasado casi tres lustros y su marido creyó que era el momento de anunciar a su estirpe la edición definitiva del *Diccionario*, el punto y final. Sin embargo, cuando empezaba a ultimar las epístolas a sus hijos, comprobó con total desesperanza que su mujer había retornado al principio. «Tienes que entenderlo. No quiero que digan de mí que soy una intrusa. Este es un diccionario único en el mundo», escuchó por toda explicación.

En 1966, vio la luz pública el *Diccionario de uso del español* bajo el sello editorial de Gredos, en una colección dirigida por Dámaso Alonso. Comprendía cerca de tres mil páginas e iba precedido de un reconocimiento ineludible: «A mi marido y a nuestros hijos les dedico esta obra terminada en restitución de la atención que por ella les he robado». Desde un principio fue saludado como una herramienta total del léxico, «como el intento renovador más ambicioso que se ha producido en nuestro siglo entre los diccionarios españoles». María Moliner subrayó con humildad que era un diccionario para escritores. No obstante, pese a que el manual ya estaba en la calle, creyó que aún no había agotado su tarea y prosiguió con sus fichas y las familias de voces. Sólo una lesión cerebral la alejó de un empeño que fue revisado en varias ocasiones, salvo en algo que constituye su mayor imperfección y un aislado defecto: la ausencia de las malas palabras, de giros procaces y altisonantes, que la autora escamoteó en un arrebato de pudor o de timidez.

En 1972 se produjo el suceso más extraordinario de su vida. Fue propuesta para ingresar en la Real Academia de la Lengua, pero la maquinaria rancia y misógina de la institución le puso el veto por mujer y por republicana. María Moliner suspiró de alivio. La posibilidad de tener que pronunciar un discurso de ingreso le paralizaba el sueño, pero además observó aquella negativa con irreverencia. Los académicos eran como cartujos enfermos de egolatría y de presunción. Dos años más tarde, abrieron las puertas del centro a otra mujer: Carmen Conde. La poetisa, en un acto de bondad y de justicia que la honra, manifestó que ese honor le correspondía a María Moliner, transformada ya para siempre en una académica sin sillón.

Sus últimos días transcurrieron en un piso recoleto en la zona norte de Madrid. Su marido ya había fallecido, tras haber deambulado por las estancias víctima de la ceguera durante varios años, y ella había sufrido una enfermedad cerebral de consideración. Ya no recibía a nadie ni concedía entrevistas. Seguía siendo insegura, delicada e independiente. Regaba las hortensias, los gladiolos y los geranios de la galería al atardecer. Zurcía calcetines y ordenaba los libros y las cartas que nunca quiso responder por discreción y por pereza. Una tarde oyó por la radio que el *Diccionario de uso del español* había vendido más de diez mil ejemplares. Se acercó a él, arañó sus páginas y pensó que si aún le quedase tiempo volvería a empezarlo de nuevo. Mientras lo escribía, tuvo la certeza de que era su único subterfugio contra la vejez, contra la soledad y contra el olvido. La muerte le sobrevino el 22 de enero de 1981, antes de que hubiese escrito el colofón que siempre había soñado: «El *Diccionario* es mi testamento de amor al mundo, a España y al idioma».

••

